

Letrillas



IN MEMORIAM

Nada te gustaba más que leer

por Daniel Krauze

Crecí viéndote leer. Jugué videojuegos, invité a mis amigos, escuché música, vi la tele: hice todo lo que un niño y un adolescente hace, mientras tú leías enroscada en un sillón donde insistías en acostarte, aunque tus piernas quedaran colgando. Alguien pensaría que ver a mi madre leer día y noche fue lo que me contagió del virus lector. La realidad es otra. No me percaté de cuántos libros tenías, ni de cuánto tiempo pasabas leyendo, hasta que empecé a visitar las casas de mis amigos

de la preparatoria y advertí que no todas tenían ya no digamos una sala sino una pared que estuviera repleta de literatura, de piso a techo. Una noche, una compañera de la escuela entró a la sala y, con cara de fuchi, me dijo que mi casa olía a libro viejo.

De niño nunca me obligaste a leer. Me contabas cuentos para que me durmiera en carretera mientras deslizabas tus uñas, antes largas y pintadas de rojo, desde mi frente hasta mi nuca. Todo lo que me platicabas y me leías contenía un atisbo de

peligro; algo súbito, travieso y violento. Mi historia preferida, que no he vuelto a encontrar de adulto, trataba sobre dos hermanos, una chica y un chico, que escapaban del castillo de su madrastra malvada. Para vengarse, la madrastra maldecía el agua de diversos estanques. El niño, que moría de sed, bebía de uno de estos cuerpos de agua y se convertía en venado... dentro de un bosque donde abundaban cazadores. También me gustaba un cuento donde distintas criaturas del bosque despertaban y caían en la cuenta de que su pelaje y su ropa habían perdido color. El culpable era un hechicero —un ladrón de colores— que guardaba todo lo que robaba dentro de un baúl en la punta de una torre blanca.

En la universidad me ayudaste a leer y entender algunos libros de filosofía para una clase particularmente árida, pero no recuerdo que hayamos empezado a intercambiar lecturas hasta tiempo después.

Fotografía: Hector García / Reforma

En ese entonces vivíamos juntos y solos. Intenté que te llamara la atención el cine y la televisión, mis dos pasatiempos favoritos. Logré que te engancharas con algunas series de aquel momento (te gustaba ver *24* y *House*), pero sospecho que la tele te parecía una de esas distracciones que no agitaban la imaginación. Odiabas las sitcoms como *Seinfeld*. Todos los personajes, decías, eran insoportables.

Si pasabas por la sala mientras yo veía la tele te sentabas detrás de mí y me acompañabas por diez minutos. De pronto veíamos una película completa, pero rara vez prendías la tele por tu cuenta. Recuerdo que viste *Tarde de perros* y te gustó mucho. También *Network*. Juntos vimos algunas de Kurosawa (*Kagemusha* era tu favorita). Tu apetito, como en todo, era ecléctico. Una vez me mandaste un email para decirme que habías vuelto a ver la segunda de *Star wars* y que era tu preferida. Juntos vimos varias veces *El señor de los anillos*. Y un día, en un avión, viste la última de *Avengers* y me platicaste que te había gustado “la película esa con el villano morado”. Pero el cine nunca te apasionó como los libros.

Durante mi paso por la universidad llegaste a regañarme por leer poco. Y tenías razón: leía lo que me dejaban en la universidad, así como las novelas que me recomendaban en el taller literario al que acudía. Nuestro diálogo sobre libros empezó cuando me fui a estudiar fuera de México. Viví solo, por dos años, en una época en la que no existía el *streaming*. Tal vez por eso empecé a ver menos películas y a leer más. Nunca lo platicué contigo (tantas cosas que no hablamos), pero quiero creer que, al advertir que tu hijo empezaba a leer cada vez más, decidiste que era hora de entablar una conversación que no terminó hasta tu muerte, veinte años después. No había en ti un ánimo didáctico ni admonitorio: no se trataba de hacerme lector. Se trataba de

disfrutar que habías encontrado a alguien con quien platicar. Siempre he pensado que te faltaron interlocutores que te pudieran llevar el paso al hablar de lecturas.

Creo que el primer libro que leí por recomendación tuya fue *Expiación* de Ian McEwan. Luego me abriste las puertas a varios escritores británicos: Christopher Hitchens, Richard Dawkins y Kazuo Ishiguro, cuya novela *Los restos del día* se convertiría en mi predilecta. A Dawkins y a Hitchens los leíste para alimentar tu vena anticlerical, aunque Hitchens te parecía estridente. Cuando me visitabas en Estados Unidos siempre íbamos a una librería especializada en literatura japonesa. Me pedías que leyera a Tanizaki y a Oé. Ese año visité Japón y me recomendaste una cantidad de libros tan absurda que habría tenido que posponer el vuelo un año para poder leerlos antes de subirme al avión.

Recuerdo que no solo leías libros sino leías *sobre* libros. En tus setenta, seguías al pendiente de los libros que empezaban a llamar la atención de los críticos y el público. No había semana en la que no llegara un paquete de Amazon a tu casa y pocas cosas te emocionaban más que pedir un libro nuevo. Tan es así que lo último que me pediste que te comprara fue un libro. Y lo último que me regalaste fue, obviamente, un libro. Siempre pedías novelas recientes o querías platicar sobre autores nuevos. Creo que fuiste la primera fanática en México de las novelas de Elena Ferrante y de Hilary Mantel (dos autoras que me rogabas que leyera). Recuerdo un día, hace décadas, cuando llegué a tu casa y, sobre tu mesa, encontré todos los ejemplares de *Harry Potter*. Era hora, dijiste, de ver qué había detrás de tanto furor. Una semana después te encontré leyendo el quinto libro. “Es literatura infantil”, dijiste. Pero los leíste todos.

A los veintinueve años me fui de nuevo, esta vez a estudiar literatura.

Sospecho que estabas más emocionada que yo. Apenas entré a clases me pediste que te mandara la lista de lecturas que me había asignado mi mejor maestro: leerías esas novelas a la par que yo, aprendiendo lo mismo que yo. Entre esas lecturas estaba *Las hermanas Makioka*. Tras años de negarme a leer a Tanizaki finalmente tuve que leerlo. Me gustó tanto que te marqué apenas cerré la novela. “¡Te dije que la leyeras! —me gritaste al teléfono—. ¡Te dije!”

Leí a Tanizaki, pero me arrepiento de no haber leído a más autores que me recomendaste. No leí *Una historia de amor y oscuridad* de Amos Oz, no leí a Bulgákov, a Stendhal, a Tolstói ni a Neal Stephenson, cuya novela *Seveneves* te había parecido extraordinaria. Aun así, en tu última década compartimos muchos autores. Recuerdo cuánto me gustó *Man with a blue scarf*, un libro que me compraste, escrito por un crítico de arte que posó para un retrato de Lucian Freud (y que es, en sí, un retrato del gran pintor inglés). Durante una comida en tu casa te platiqué de un artículo que había leído sobre David Mitchell, el autor de *El atlas de las nubes*. Ese mismo día pediste *Relojes de hueso*. Estabas segura de que Mitchell tenía influencia de *El maestro* y *Margarita*. Leerlo nos regaló decenas de pláticas, incluso cuando te detuviste y yo seguí leyendo hasta el último de sus libros.

En la pandemia, nuestro diálogo consistió en recomendarnos libros. Por poner solo un ejemplo: me diste *Empire of the summer moon*, la historia del último jefe de los comanches, que me enloqueció. Y también hablamos de lo que escribíamos. Aunque mis novelas y mis cuentos te parecían violentos (y te quejabas de que las madres que yo escribía siempre eran “espeluznantes”) leías mis textos y, si estabas abierta a la crítica, me enviabas lo que tú estabas trabajando.

Pero no solo leías: amabas los libros. No hay ejemplar en tu casa

que esté descuidado y todo lo que compraste tiene, en sus primeras páginas, una etiqueta con tu nombre y la fecha en que lo leíste. En 2023 pasaste por un año infernal: cinco meses en el hospital y luego el resto del año encerrada en casa. No podías leer ni escribir. Durante ese tiempo te visité varias veces en terapia intensiva. Pero incluso ahí, al borde de la muerte, en un cuarto recóndito del último piso del hospital, aunque a duras penas podías comunicarte conmigo, te rodeaban tus libros y tus revistas, así como la pluma y el lápiz con los que subrayabas las oraciones que te llamaban la atención. Supongo que tus libros te acompañaban.

Apenas recobraste la capacidad para hablar, leer y escribir te propusiste entender lo que te había pasado ese año. La respuesta estaba entre páginas impresas. Entraste a Amazon y compraste no sé cuántos estudios sobre el cerebro. Tenías 77 años. El mundo nunca dejó de fascinarte.

Te fuiste una madrugada de junio. Junto a tu cama había, por supuesto, un par de libros. En la salita donde siempre leías quedaba un libro que yo te había prestado una semana antes, con el separador ya muy cerca del final. Y ahora que ya no estás pienso en todo lo que leíste y se fue contigo. Pienso en tu mente, prodigio de imaginación y riqueza, llena de personajes propios y ajenos, y siento que contigo no se fue una persona sino un universo. Pero me he dado cuenta de que la mejor manera de seguir comunicándonos es gracias a tus objetos favoritos. Te fuiste y no he parado de leer. Leo libros que tenía pendientes y libros que me recomendaste. Vuelvo a tu casa y me llevo novelas que no leí aunque me pediste que les diera una oportunidad. Te fuiste, pero nuestro diálogo continúa, ma, a través de los libros. ~

DANIEL KRAUZE es escritor y guionista. Su libro más reciente es la novela *Tenebra* (Seix Barral, 2020).



Fotografía: Hermine Moos with skeleton of her Alma Mahler doll, ca. 1919

LOS RAROS

Hermine Moos

por **Bárbara Mingo Costales**

La muñeca a tamaño natural réplica de Alma Mahler es sin duda un episodio famoso de la historia del arte, pero yo recibo mi primera noticia sobre Hermine Moos mientras busco otra cosa, en un artículo de la página Public Domain Review sobre el amor trastornado de Oskar Kokoschka por Alma Mahler. La web se dedica a recoger imágenes interesantes que han quedado libres de derechos, y publica pequeños ensayos a partir de esas imágenes; el artículo que he encontrado va sobre la muñeca que Hermine Moos fabricó para el pintor cuando Alma ya había pasado a apellidarse Gropius y la relación entre ambos había acabado. Va ilustrado con cinco fotos. En una de ellas Moos aparece muy sonriente, mirando más allá de la cámara, captada en una pose natural y encantadora. La acompaña un ser chocante y también sonriente, si se acepta esa convención de que todas las

calaveras del mundo están sonriendo: es el esqueleto de papel maché que iría dentro de la muñeca. En este punto se hace necesaria una explicación lineal: Alma Mahler (de soltera Schindler) se quedó viuda de Gustav en 1911, entre 1912 y 1915 mantuvo una relación amorosa con Oskar Kokoschka y en 1916 se casó con Walter Gropius. Kokoschka, lo aventado de cuyo carácter ilustra muy bien en este episodio, no podía soportar perder a su amante, así que se le ocurrió encarar una muñeca que se le pareciera lo máximo posible.

Aquí es donde la vida de Moos se cruza con la de Kokoschka. Se conservan las cartas que este le envió, en 1918, dándole instrucciones muy precisas sobre el aspecto que esperaba tuviese la muñeca. Al año siguiente, cuando recibió la muñeca acabada, le volvió a escribir otras tantas cartas quejándose de que parecía “un

oso polar”. Es verdad que la muñeca, de las proporciones de una mujer, aparece recubierta de una especie de peluche disuasorio (“disuasorio” en cuanto a las intenciones prácticamente confesas de Kokoschka), por no hablar de su mirada de ídolo de civilización perdida. Hay que pensar que hacia el fin de la guerra no debía de ser muy fácil conseguir los materiales que se quisiese, pero es verdad que el aspecto general de la muñeca tiene algo inquietante, casi grotesco. Freud definió *Lo siniestro*, en un estudio publicado ese mismo año de 1919, como lo conocido que se nos manifiesta como espeluznante, y eso es lo que debió de sentir Kokoschka al recibir su encargo. En su libro *Uncanny creatures*, Christophe Koné defiende que si la muñeca tenía ese aire grotesco es porque Hermine Moos se lo dio a propósito, para burlarse de Kokoschka. Parece una hipótesis interesante. También hay que fijarse en el subtítulo del libro de Koné: *Doll thinking in modern german culture*, porque nos da una pista sobre la larga relación de los alemanes con las muñecas. Precisamente en una edición de José de Olañeta que combinaba *El hombre de arena* –que desarrolla el amor de un humano por una autómatas– de E. T. A. Hoffmann con *Lo siniestro*, leí el ensayito de Freud.

Pero estábamos con Hermine Moos, y volviendo a ella, sería interesante saber por qué Kokoschka la eligió para el trabajo, y qué supuso para ella aceptarlo. Leo por ahí algo tan interesante como que un retrato suyo de Luis III de Baviera ilustró en 1915 un cupón de la lotería con la que la Cruz Roja recaudaba dinero para los damnificados por la guerra, y me hacer pensar en los trabajos tan dispares que desempeñan los artistas al comienzo de sus carreras. Moos además fabricaba muñequitos de gancho. Parece que fue Lotte Pritzel, por entonces ya exitosa fabricante de muñecas, la que sugirió el nombre de Moos cuando ella misma lo declinó.

Después del rechazo de Kokoschka, que de todos modos se quedó con la extraña muñeca, es difícil seguir el rastro de Moos, que en ese punto se encontraba de pronto en la dudosa situación de, a los treinta años, ser la artífice de una pieza asombrosa de la que todo el mundo hablaba y hablaría, y a la vez caer en inmediato entredicho porque el artista que te la ha encargado la considera un fiasco. Lo que es fácil de encontrar es cómo su muñeca ejerció una gran influencia en artistas posteriores, por ejemplo en Hans Bellmer, que a su vez influyó en Cindy Sherman. Hay historias de la muñeca por todas partes, y sin embargo de Hermine solo encuentro que se empleó en el Museo Nacional Bávaro, en Múnich, y que murió al cabo de diez años por sobredosis de veronal. Otras búsquedas con su nombre nos llevan a las coordenadas de muerte de su madre, con los estremecedores datos de 1942 y Treblinka, y también lo que encontramos de su hermana es triste. No quiero insinuar que Kokoschka fuera el culpable de los derroteros que tomó después la vida de Moos: esta historia es apenas un fragmento minúsculo del prieto tejido de conexiones y acontecimientos que encontramos cada vez que nos fijamos en un hilo, en una vida humana, y de manera muy llamativa en aquella época tan movida en el hervidero europeo.

Sí resulta injusto el cabreo de Kokoschka con Moos, cuando esta se había tomado el trabajo de hacerle a la muñeca un esqueleto ¡que no se iba a ver! No sabemos si, como sostiene Koné, Moos quería burlarse de su pagador, pero es evidente que se tomaba su trabajo muy en serio, como una artista. Verla en esa foto tan sonriente me provocó una gran curiosidad por lo que habría sido de ella. Y no he averiguado mucho, pero aquí un recuerdo. ¡Hermine Moos! ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2024 publicó *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza).

LETRAS
LIBRES

ENTÉRATE
DE LO ÚLTIMO
EN NUESTRA
CUENTA DE X.



@LETRAS_LIBRES



WWW.LETRASLIBRES.COM



MEMORIA

Creo que (no) es él

por **Ricardo Dudda**

No vine a Berlín en busca de mi abuelo, pero de pronto vi su foto en el museo Topografía del terror. Es un centro de información sobre las principales instituciones represivas del nazismo. Creo que es él. Los ojos entrecerrados como si hubiera mucha claridad o polvo en el aire. Parece mi padre sin gafas, parezco yo sin gafas. La boca abierta y el hueco entre los dientes delanteros, lo que se llama diastema. Lo tenía yo también de pequeño. La nariz un poco aguileña y un poco chata. El uniforme de la policía. Creo que no es él. En la foto, sale en una esquina, junto a otros nazis. Posan ante la cámara. Han detenido a varios campesinos, que están subidos a un carro. Dos niños miran. Mi abuelo, quien creo que es mi abuelo, sujeta las riendas de un caballo blanco. Creo que es él. Al fondo, un pueblo ardiendo. La mitad superior de la foto es todo humo. Han venido a eso, a saquear, quemar, asesinar. Parece una escena de *Vén y mira*, la película de Elem Klímov. El pie de foto

dice: “Una aldea quemada durante una ‘campana de pacificación’ dirigida contra partisanos soviéticos por las SS, la policía y la Wehrmacht, norte de Rusia, 1943. En primer plano hay prisioneros, probablemente aldeanos detenidos para trabajos forzados.”

En 1943, mi abuelo estuvo justo ahí, haciendo justo eso. En su pasaporte militar apuntó: “29.10.1943-10.11.1943 Einsatz zur bandenbekämpfung in Nord Rusland (unternehmen Heinrich)”. Acciones *antibandidos* (es decir, antipartisanos) en el Norte de Rusia. Operación Heinrich. En varios documentos confiscados por los aliados tras la guerra aparecen los detalles de esa operación de octubre de 1943. El oficial nazi que escribe las órdenes operativas se llama Artur Wilke y es de Elbing, como mi familia. Escribe: “Se llevará a cabo la limpieza de bandidos a través de redes de agentes, interrogatorio de la población y captura de prisioneros y desertores. Debe tenerse en cuenta bajo todas las circunstancias que todos los prisioneros

y desertores tienen que ser llevados a las tropas SD [el servicio de inteligencia de las SS].” Bandido quiere decir partisano. Era la resistencia soviética a la ocupación alemana. Heinrich Himmler exigió que se sustituyera *partisan* por *bandit*; el primer término tiene una connotación heroica, el segundo denota criminalidad. La lucha antipartisan no era una guerra al uso. Era violencia sistemática, ejecuciones sumarias, limpiezas étnicas, pogromos, destrucción de pueblos, secuestro de esclavos.

Cada vez que miro su cara, pienso una cosa diferente. Es muy alto, me dice mi hermana cuando le envío la foto. ¿Era el abuelo tan alto? El hombre de la foto parece que tiene la cara más gorda, la nariz más chata. Reviso las fotos que tengo. Creo que no es él. Sería demasiada casualidad. Entro a un museo del nazismo y ahí está. Le mando la foto a mi padre. “Puede ser, también es el gesto típico de él.” “Yo diría en un 80% que es él”, me acaba diciendo. Creo que es

él. Inmediatamente después mi padre me pregunta si llueve en Berlín, me dice que me tome un *Apfelstrudel mit sahn*, una tarta de manzana con nata, le digo que llevo un buen rato obsesionado, un poco deprimido, me responde: “el abuelo no se podría negar, la cara no es de hombre feliz”. Parece que hemos vuelto a la casilla de salida. Antes de que yo descubriera, en el proceso de escritura de *Mi padre alemán*, la participación de mi abuelo en el Holocausto, mi padre lo justificaba con lugares comunes. Apenas sabía nada de su papel en la guerra, más que cuatro historias mal contadas. Fue un mandado, uno más, cumplía órdenes, qué otra cosa podía hacer. Pero cuando le conté mi descubrimiento, sus justificaciones se convirtieron en silencio. Prefiero el silencio.

“El abuelo no se podría negar.” Me he acordado de *Aquellos hombres grises. El batallón 101 y la Solución Final en Polonia*. En él, Christopher R. Browning cuenta la historia del Reserve-Polizei-Bataillon 101, una formación paramilitar nazi que cometió varias matanzas en Polonia en 1942 y 1943. Estaba formada casi exclusivamente por alemanes de Hamburgo que tenían profesiones muy alejadas del ejército y la policía (estibadores, camioneros, marineros, camareros, obreros de la construcción). El libro se basa en los testimonios de los perpetradores en varios juicios de posguerra. Comienza con una escena en la que el comandante del escuadrón prepara a los reclutas antes de una *misión* en la ciudad polaca de Józefów. Se llama Wilhelm Trapp. Sus subordinados lo llaman cariñosamente “papá Trapp”. Al explicarles lo que tienen que hacer, se le corta la voz y se le saltan las lágrimas. Tienen que ejecutar una tarea “terriblemente desagradable”, pero las órdenes vienen de muy arriba. Su misión es reunir a todos los judíos del pueblo, unos 1.800: los varones en edad de trabajar serán llevados a un campo de trabajo; el resto, las mujeres y niños y ancianos, serán

fusilados en el acto. “Una vez hubo explicado a sus hombres lo que les esperaba”, escribe Browning, “Trapp hizo una oferta extraordinaria: si alguno de los soldados con más edad no se veía con ánimos para realizar esa tarea, podía dar un paso al frente.”

De los casi quinientos miembros del escuadrón, solo una docena se negó a participar. Browning dice que fueron tan pocos porque fue una oferta muy repentina, pero también por lealtad al grupo: negarse a hacer eso tan desagradable significaba abandonar a los tuyos. “Si se me plantea la cuestión de por qué disparé con los demás al principio”, confesó uno de los participantes, “debo contestar que nadie quiere pasar por cobarde”. Casi todos participaron en la matanza. Muchos tuvieron secuelas psicológicas. “El sargento Bentheim veía que los hombres salían del bosque cubiertos de sangre y sesos, con la moral por los suelos y los nervios destrozados.”

Un informe oficial decía: “Los comandantes de batallón y compañía tienen que ofrecer especialmente asistencia espiritual a los soldados que participen en esta acción. Las impresiones del día tienen que borrarse mediante la celebración de acontecimientos sociales por las tardes.”

Y muchísimo alcohol.

En otra de las matanzas que estudia Browning, en Lomazy, a los soldados no se les da alternativa. El comandante Trapp no les permite escaquearse. Para Browning, esto constituye un “alivio” psicológico: “esta vez no tuvieron que soportar la ‘carga de la elección’ que Trapp les había ofrecido de manera tan absoluta en el caso de la primera masacre. A los que no se sentían con ánimos para disparar no se les dio ninguna oportunidad de excluirse; no hubo nadie que relevara de forma sistemática a aquellos que estaban visiblemente demasiado afectados para



Mi abuelo Richard (primero a la izquierda) en Vilna, la capital de Lituania, en mayo de 1944. En su pasaporte militar dice que estuvo en la zona participando en la guerra antipartisana entre el 18 de abril y el 18 de julio.

poder continuar. Todos los asignados a los pelotones de ejecución cumplieron su turno como se había ordenado. Por lo tanto, los que dispararon no tuvieron que vivir con la clara conciencia de que lo que habían hecho se hubiera podido evitar”.

Mi padre hablaba mucho del “orgullo del uniforme” de su padre, de su “vocación por el orden”. “Hay gente que está orgullosa de ser carpintero. Y dice a todo el mundo ‘soy carpintero y es mi orgullo’. Mi padre tenía vocación de militar, de policía”, me dijo un día. “No buscó después de la guerra otro trabajo que no fuera de policía. Al contrario que sus compañeros, que iban de paisano a la comisaría y allí se vestían de policía, mi padre salía de casa con el uniforme.” El uniforme es un alivio psicológico. Elimina la carga de la elección. Si no puedes elegir, no le das muchas vueltas a la cabeza. Si no puedes elegir, no tienes culpa.

Cuando descubrí la participación de mi abuelo en la “guerra antibandidos”, escribí a Christopher R. Browning. Su respuesta fue muy cautelosa:

No conozco las operaciones concretas en las que participó su abuelo. En cualquier caso, por las instrucciones relativas a las *Bandenbekaempfung Unternehmungen* que he visto, se trataba de acontecimientos terriblemente brutales y letales que implicaban el castigo colectivo de las poblaciones locales, la destrucción generalizada

de pueblos, redadas, deportaciones, ejecuciones, etc. En resumen, estas operaciones implicaban crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad generalizados según los estándares del derecho internacional actual.

Creo que es él. Si es así, lo ven un par de millones de personas al año. Creo que no es él. Si no lo es, la historia no cambia mucho. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2023 publicó *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide).

HISTORIA

En busca de las primeras empresarias del mundo hispánico

por **Carmen Andrés**

En *Cruzando la raya estrecha de la aguja y la almohadilla. Mujeres emprendedoras del siglo XVI y XVII*, la historiadora, profesora y miembro de la Real Academia de Historia Carmen Sanz Ayán ofrece los resultados de su investigación sobre mujeres empresarias en los siglos XVI y XVII. Una de las hipótesis que sostiene, y que termina por corroborar a fuerza de ejemplos, es que las mujeres empresarias en esos siglos no constituían una excepcionalidad del norte de Europa. Sanz explica de manera clara los contextos y circunstancias que favorecían la agencia de algunas mujeres al frente de negocios y que tienen que ver, desde luego, con el acceso a una formación mínima: leer y escribir, sumar y restar. Sanz une su estudio ya desde el título a la actividad de la costura, que permitía la lectura

CRUZANDO LA RAYA ESTRECHA DE LA AGUJA Y LA ALMOHADILLA. MUJERES EMPRENDEDORAS DEL SIGLO XVI Y XVII
CARMEN SANZ AYÁN
Madrid, Fundación Banco Santander, 2025, 168 pp.

en voz alta, por ejemplo. La educación que se daba en conventos, por mínima que fuera, era un comienzo también. Está el caso de las mujeres que aprendían el negocio dentro del ámbito familiar de sus padres o sus maridos, y otras circunstancias particulares que empujaban a las mujeres a ponerse al frente de negocios. El libro, que consta de ocho capítulos, no solo da ejemplos documentados en los que se detiene, sino que explica precisamente los hábitos de esas sociedades.

Dedica el primer capítulo a las posibilidades de educación que se les ofrecían a las mujeres en la época (“¿Instruirse? Cómo, dónde y para qué”). Explica luego el contexto jurídico y “El estatus jurídico de la mujer emprendedora”, y expurga con atención el volumen *Labirinto de comercio terrestre y naval donde se tratan, en forma breve y concisa, los tipos de mercancías y los métodos de contratación de tierra y mar*, de 1619, obra de un escribano de Indias de origen asturiano, en la que “afirmaba abiertamente que la mujer podía ser mercadería”, a pesar de la “infantilización legal”, según el sintagma de Silvia Federici, a que estaba sometida la mujer en la época.

Carmen Sanz Ayán dedica el tercer y el cuarto capítulos a ocuparse de mujeres emprendedoras en negocios de finanzas y pertenecientes al ámbito hispánico. El énfasis en lo de hispánico no es casual: “La excepcionalidad del norte protestante europeo en lo relativo a la actividad empresarial desempeñada por mujeres se diluye cada vez más ante las evidencias que ofrece la investigación.” Sanz Ayán atiende también a la instrucción doméstica: también en el ámbito familiar se podía dar el primer contacto con el negocio, a través del marido o del padre o el hermano. Situaciones de viudedad





u orfandad empujaban a las mujeres a tomar las riendas de esos negocios para ganarse la vida sin tener que recurrir al matrimonio —en el caso de las viudas, a otro—. Lo que parece evidente es que eran tan necesarios la curiosidad y el arrojo como la intuición y la pericia. El trabajo se completa con las empresarias teatrales —sobre las actrices pesaba además el sanbenito de la inmoralidad— y el estudio en detalle de María Bezón, y, por último, las mujeres en la industria del libro, con los casos de las librerías María del Ribero y María de Armenteros.

Entre las novedades de este estudio está la de no ceñirse a un solo campo, el del teatro, por ejemplo, sino el de atender a más de una actividad concreta. No es la única característica que aleja este trabajo de Carmen Sanz Ayán de la rigidez habitual de los estudios académicos: evita también recargar el texto de notas y referencias, sin renunciar a las citas cuando son necesarias y vienen a enriquecer

el texto, sin que por ello pierda rigor. Por cierto, que entre las fuentes a las que recurre Sanz Ayán para documentarse e investigar no solo hay manuales y registros de la época, como el citado; echa mano de cuadros y otras representaciones iconográficas y también aparecen estudios clásicos, como el de Joan-Kelly Gadol. Sobre su libro *Did women have a Renaissance?*, de 1977, escribe Sanz Ayán: “insiste en que, durante la transición de la época medieval a la moderna, las mujeres perdieron presencia en los ámbitos profesionales públicos y fueron relegadas a los mundos privados, obligadas a abandonar cualquier tipo de actividad fuera del hogar. Veremos a lo largo de varios ejemplos hasta qué punto esta afirmación puede y debe ser matizada”.

Sanz Ayán comienza, como se ha dicho, con el asunto de la instrucción y cita algunos ejemplos: Teresa de Cartagena, primera escritora en prosa castellana, y Olimpia Fulvia Morata,

que casi cien años después de Teresa de Cartagena escribió cuando tenía unos quince años: “Oh, mujer, he abandonado los símbolos de mi sexo: / Hilado, lanzadera, cesta, hilo.” Se añaden otros nombres a estas primeras mujeres instruidas y letradas de la época: Teresa de Ahumada, Beatriz Galindo e Isabel de Portugal, que impulsó instituciones formativas para niñas indígenas en América. No es un capricho de la historiadora insistir en la importancia de la alfabetización, también la matemática, como primer escalón para emprender o dirigir un negocio. No es casual tampoco que cierre con las mujeres librerías: la lectura y la escritura, anverso y reverso de una misma herramienta para el conocimiento y la libertad, vertebran este trabajo que no solo confirma su hipótesis sino que abre nuevas vías a transitar por futuros investigadores. ~

CARMEN ANDRÉS es filóloga.

MÚSICA

El rock ya fue

por **Eduardo Huchín Sosa**

Conviene comenzar con lo que la *Historia mínima del rock en América Latina* no es. No es un catálogo de nombres ni de bandas ni de discos y, si revisas la *playlist* que acompaña al volumen, terminarás preguntándote si no habrás comprado por equivocación la *Historia mínima de la trova y la canción de protesta en América Latina*. Tampoco ofrece una historia en el sentido tradicional, en la que sucesos importantes siguen a otros sucesos importantes desde la primera versión al español de “Rock around the clock” hasta nuestros días y evita así el espejismo de que hacer “historia de la música” es entretener dos cronologías —una musical y otra política—. Debo decir que ni siquiera pretende ser una *síntesis* ni una tramposa organización de relatos locales, aunque, habla

en efecto de seis escenas en particular (Cuba, México, Brasil, Chile, Uruguay-Argentina y Perú-Colombia-Bolivia). Finalmente, quiere presentarse como algo más que una respuesta al documental *Rompan todo* (2020), de Netflix, incluso cuando en las últimas páginas se las arregla para echarle flores al productor de dicho documental, Gustavo Santaolalla, de quien corre la leyenda que inventó el rock latinoamericano luego de crear los cielos, la tierra y los comunicados del Clacso.

En su introducción –titulada “Romper mucho, poquito, nada”, por si no quedaba claro contra qué narrativa estaban escribiendo–, Abel Gilbert y Pablo Alabarces, dos investigadores argentinos muy curtidos en la música popular, admiten las dificultades de la tarea: primero respecto a qué considerar rock y, una vez resuelto aquel viejo asunto, de qué manera armar una “historia” –además de todo– “latinoamericana”. Encuentran la respuesta en la autopostulación, es decir, en la percepción que los propios fanáticos tenían de pertenecer a una contracultura y a un movimiento generacional en un momento histórico específico: los años desarrollistas que tuvo la región desde finales de los cincuenta y hasta la década del setenta. Por tanto, el volumen no se limita solo a describir la trayectoria de un género en voz de sus creadores sino también en la de sus escuchas y detractores, en un afán por recrear la extrañeza, el pánico y el furor que despertó la aparición de estos sonidos inusitados en nuestras sociedades.

Ahora que la polémica alrededor del rock es un asunto de cincuentones que se pelean en páginas de Facebook sobre si Alejandro Marcovich es un genio o solo un engreído, resulta difícil concebir la novedad y la amenaza que representó alguna vez el rock (y si bien es cierto que, hace unos días, hubo gente protestando por la presencia de Marilyn Manson en San Luis Potosí, tampoco es secreto que se terminó presentando en una feria con juegos mecánicos, pabellón gastronómico y palenque).



Institucionalizado a tal grado que algunos miembros de bandas acabaron de funcionarios o defendiendo políticos en redes sociales, y materia prima de bares, versiones sinfónicas y conciertos con Sabo Romo, el rock *ya es historia*. Una certeza que, de acuerdo con los autores, permite la existencia de este libro.

En ese sentido y a ojos de Gilbert y Alabarces, el rock en América Latina puede periodizarse en cuatro momentos: uno inicial, importador, en el que aquella música se considera simplemente “juvenil”, lo cual implica la aparición de una “juventud” como actor social y también como un mercado; en el segundo, contracultural, ese mismo público empieza a asumir un papel rupturista y una identidad “revolucionaria”; en el tercero, de persecución, los gobiernos reconocen el potencial subversivo del género y buscan mantenerlo a raya; y en el cuarto, de internacionalización, las bandas latinoamericanas alcanzan el éxito masivo más allá de sus países. Para los propósitos de su historia, los investigadores priorizan la zona en la que el rock importado adquirió cartas de naturalización y pronto se volvió peligroso para las mentes conservadoras de derechas e izquierdas, unas aterrorizadas por la libertad sexual y el consumo de drogas y las otras por el supuesto imperialismo cultural que aquella música representaba.

ABEL GILBERT Y PABLO ALABARCES
HISTORIA MÍNIMA DEL ROCK EN
AMÉRICA LATINA
 Ciudad de México, El Colegio de México,
 2025, 326 pp.

El volumen comienza, de manera inmejorable, con el caso cubano, cuyo régimen revolucionario sigue prendiendo a muchos roqueros fuera de la isla, pero que, dentro de ella, no dudó en calificar a los oyentes del género como “desviados” o “enfermitos”, en oposición a “los jóvenes obreros, campesinos, militares y estudiantes”. Los autores rescatan los testimonios de quienes, en los sesenta, consumían aquella música extranjerizante, en discos que entraban de contrabando y que habían sido copiados sobre el plástico de radiografías (Heberto Padilla reconoció haber escuchado a los Beatles en una placa que mostraba el hueso de una cadera). El propio Silvio Rodríguez, símbolo de la música que agradaba a la Revolución, recordó tiempo después que las instituciones cubanas “prácticamente utilizaban microscopios para revisar las canciones y ver si tenían células de rock, que ellos interpretaban como células de penetración, y células proimperialistas”. Sin embargo, eso no impidió que, cuatro décadas más tarde, el oficialismo le rindiera homenaje a John Lennon con un parque y una

Los hilos del plátano

por **Mariano Gistaín**

Frágil como los hilos del plátano. Altruismo homicida. Quería hacer una metáfora con los hilos del plátano, tan endeble, pero no me sale. Disculpas.

“Salgo del mundo cuando entro en ti” (Ángel Guinda).

Repasar el *Atlas de arte casual*, de Francisco Ferrer Lerín. Su pregón de la Feria del Libro de Zaragoza 2025 (en su blog ferrerlerin.blogspot.com), su libro *Mansa chatarra* (Jekyll & Jill). Artículo-entrevista en el diario. es/aragón de Laureano Debat sobre Víctor Gomollón, editor de Jekyll & Jill desde 2011: más de sesenta títulos.

Registro minucioso de encuentros imprevistos que podían haberle salvado la vida. Mapa imaginario de filamentos del universo inventado por una IA basado en datos reales a su vez inventados o escrapearados por otra IA coincide, según Lens, con el papel pintado de la recocina.

Mapa del universo y sus intimidades: eres el hueco entre los demás huecos: posición privilegiada identidad cero-cero. Endeblez de los hilos del plátano que, sin embargo, según algunas IA, sujetan el mundo.

Revisar los fajaditos de Pablo Serrano:

Pobrecitos, fajaditos, jodiditos en vida. MUERTECITOS. Con una boca nada más, con un ojo, nada más, con la nariz, nada más, con un oído nada más. FAJADITOS condecorados. Algo quieren decir, pero no pueden, están fajaditos. Tienen un libro. Tócan mal un instrumento. Sus cabezas son de tarros de farmacia. Sus cabezas son de automóviles de plástico. Con un ojo solamente. NADA MÁS con un bracito. NADA MÁS NADA MÁS NADA. NADA NADA.

estatua o que insertara el género dentro de la burocracia del Estado a través de la Agencia Cubana de Rock.

La coartada antiimperialista sirvió también para estigmatizar el nuevo sonido en otras zonas del continente, como Brasil. El 17 de julio de 1967, la cantante Elis Regina organizó una marcha contra la guitarra eléctrica en São Paulo, bajo el eslogan “Defender lo que es nuestro” y encabezada por algo llamado Frente Ampla da Música Popular Brasileira. El cantautor Caetano Veloso vio tintes fascistas en una iniciativa de ese tipo, pero es probable que los propios asistentes la consideraran una muestra de dignidad estrechamente vinculada a sus simpatías de izquierda. El libro examina esas y otras contradicciones, al tiempo que describe las peleas y alianzas entre los practicantes de distintos estilos (como la relación entre Regina y Rita Lee o la de Gilberto Gil con Os Mutantes). Su reivindicación de Roberto Carlos como un puente entre etapas del rock brasileño y de Paulo Coelho como letrista de rock y perseguido político —mucho antes de convertirse en escritor de fábulas de autoayuda y enemigo preferido de la gente que se cree culta— ofrece una perspectiva refrescante: la de ver al rock frente a y en contaminación con otros géneros y propuestas. Como demuestra la *playlist* preparada por Gilbert y Alabarces que ya he mencionado, las fronteras llegan a ser difusas y una canción de Los Jaivas puede pasar hoy día como “música de los abuelos” al lado de Los Pasteles Verdes, y otra de Silvio y Milanés como rock de Mix 106.5 FM.

Sería un pecado eludir el capítulo mexicano de esta *Historia mínima*, que a más de uno hará enarcar la ceja, porque a nadie le gusta que le digan que, en el tercer acto, los argentinos vinieron a salvar la obra. Teniendo como punto de partida 1994, año en que todo el rock nacional se volvió zapatista, los autores examinan en retrospectiva las relaciones entre rock y política mexicana, que resultan más ambivalentes de lo que los mismos roqueros estarían dispuestos

a admitir. Las ambigüedades pueden rastrearse hasta Avándaro, el festival celebrado apenas unos meses después del Halconazo de 1971, y que despertó las alarmas tanto del gobierno priista como de algunos intelectuales de izquierda, como Carlos Monsiváis que, encendido por tanta energía desperdiciada en algo que no fuera una asamblea, sentenció: “¿Qué es la nación de Avándaro? Grupos que cantan en un idioma que no es el suyo canciones inocuas [...] pelo largo y astrología, pero no lecturas y confrontación crítica.” Más tarde, se arrepintió de haber coincidido con la moralina de la derecha, pero reafirmó que el festival había constituido una prueba de dependencia colonial. El relato de Gilbert y Alabarces da un repentino salto de la prohibición del rock en el país a los “hoyos fonkys”, al rock rupestre, a la aceptación tardía del español como lengua natural, al compromiso social de los grupos tras el sismo del 85 y al impulso que empezaron a darle los grandes medios de comunicación al género que ellos mismos habían ignorado años atrás. Puede uno imaginarse, a semejante velocidad, la cantidad de matices que quedan fuera y los peligros de asumir que esa porción de la historia representa siquiera una buena parte.

Luego de retratar lo acontecido en otros países del continente, a veces con la falta de claridad que caracteriza a la prosa sociológica, Gilbert y Alabarces se despiden con un dejo de nostalgia por un género que, presa de su espíritu contracultural y demasiado consciente de a qué se oponía, no pudo resolver sus contradicciones. Un género que, pasados los años, terminó capturado por la industria discográfica multinacional que, especialmente desde Estados Unidos, moldea en el siglo XXI a qué suena lo latino. ~

EDUARDO HUCHÍN SOSA es músico, escritor y editor de *Letras Libres* (México). Es autor, entre otros libros, de *Calla y escucha. Ensayos sobre música: de Bach a los Beatles* (Turner, 2022).



Pablo Serrano, 1964 (en la web del museo que lleva su nombre –iaacc.es–, donde, además de este y otros textos, hay esculturas de los fajaditos que se atan el pantalón con hilillos de plátano).

La detective que protagoniza la serie *Ballard* y el largo influjo del teniente Colombo, por ejemplo en el coche viejo. Austeridad de Colombo, volcado en el análisis y la deducción.

Recreacionismo de algo que no sucedió. Recreacionismo futuro. Recrear el rigor histórico a secas: el método. Digamos recreacionismo del universo sin necesidad de recrear el universo. Y todo esto quién lo paga. La frase canónica de Pla, que escribe esto sobre el tedio en *Cinco historias del mar* (Destino, 1987), traducción de Josep Daurella:

A medida que la vida pasa, se da uno cuenta de la importancia del aburrimiento. Nadie sabe ni puede resistir el tedio. [...] Los hombres y las mujeres no pueden resistir el aburrimiento porque creen –sin ninguna razón– que aburrirse es como morir un poco.

Agradecimiento de Ricardo Dudda por rescatar en un artículo ese libro de Pla.

Cuento verídico del mendigo que adivina los nombres de las personas que le dan dinero. Incluso en el caso de alguien que, pasado un tiempo, ha

cambiado de nombre y de sexo. El mendigo que acierta los nombres se niega a explicar cómo lo hace. Le ofrecen mucho dinero, trabajo simulado, cargos... lo que quiera, pero él no cede. Al fin les da esta frase: “Soy el hueco entre los huecos.”

Damnificados o beneficiados por el don o la magia del mendigo que adivina los nombres se reúnen para investigar este inefable don o magia o santidad y así nace una secta. (Continuará.)

A la venta un móvil exclusivo de pega para fingir normalidad u ocupación. La función social del móvil. Vacío, casi no pesa. Todas las marcas y colores. Eso sí: mismos precios que los modelos funcionales a los que imita. Si no se paga el precio auténtico, no se usa con convencimiento y se desprestigia el concepto (y el negocio). Cargador simulado opcional.

Verano en el hemisferio norte: judías verdes fallidas y gorriones caídos de sus nidos a decenas. Los gorriones a qué contenedor van. Verano de ratas grandes y pequeñas en ciudades y campos. Hay menos gatos. (Antes de declararse la pandemia cóvida murieron bastantes gatos.)

La peli *Materialistas* de Celine Song, muy buena: es posible alargarse las piernas para ganar altura. El asunto clásico: casarse por dinero o por amor. El mismo que en *La marcha nupcial* (*The wedding march*, Erich von Stroheim,

1928). La peli anterior de Celine Song, *Vidas pasadas* (2024), lenta, económica, perfecta, grandes diálogos: en Corea del Sur hacen horas extra sin cobrar.

Billy Wilder, en su etapa de periodista hambriento, escribe un retrato magistral de Von Stroheim. Luis Alegre ha concebido y coordinado el número de la revista *Nosferatu*, de la Filmoteca Vasca, que sale en enero, *Billy Wilder, anatomía de un genio*, con una veintena de colaboraciones.

Entre los objetos míticos más buscados, la máquina de Luis Buñuel para adivinar finales de pelis de Hollywood (mecanismo con argumentos y finales manejable con tiras de cartulina). La máquina se perdió pero Buñuel la describe en *Mi último suspiro*.

Antonio Tausiet y José Luis Cano publican por fin *Los amigos de Buñuel. Una historia del siglo xx*, un diccionario de personas que se relacionaron con Buñuel (Instituto de Estudios Turolenses y Cosmos Fan Comunicación).

Tanto enredar con los hilillos del plátano, en el libro *La historia universal de nosotros. Un viaje de 13.800 millones de años, desde el Big Bang hasta ti*, de Tim Coulson (Crítica, colección Drakontos, dirigida por José Manuel Sánchez Ron; traducción de Miguel Á. Pérez), explica que los plátanos emiten antimateria, un haz de positrones (electrones de carga positiva) cada 75 minutos. La antimateria y la materia normal (la nuestra, que se sepa), cuando se rozan, estallan. Los positrones que emite el plátano son pocos y –por suerte– no vemos esa colisión, pero si chocara un gramo de materia con su antimateria sería como la bomba de Hiroshima en el frutero. Ah, lo frágil. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. Su libro más reciente es *Nadie y Nada* (Prames, 2024).